

# La correcta interpretación de la *actuosa participatio* según Joseph Ratzinger

Lucas Délano Gaete, L.C.

*Bachillerato en filosofía y teología, director de la sección de jóvenes del Regnum Christi de Bogotá, Colombia.*

## Introducción

Quizá una de las consecuencias más notorias del Concilio Vaticano II en la vida cotidiana de los fieles fue la reforma litúrgica que promovió y que se concretó en los años sucesivos. La celebración de la misa en la propia lengua y la orientación del sacerdote hacia la asamblea son quizá los símbolos más emblemáticos de esta renovación —y probablemente de todo el Concilio— para la mayor parte de los fieles. El objetivo de fondo de la reforma era el de ayudar al Pueblo de Dios a redescubrir la liturgia y tomar consciencia de su participación en el sacerdocio de Cristo. Es decir, el sacerdocio universal de los fieles, que encuentra su principal expresión en el culto. Pues la liturgia se había ido llenando de ritos, fórmulas, etc., y había caído en una praxis demasiado jurídica, que se centraba sobre todo en la corrección material de la celebración. De este modo lo esencial había quedado oculto y los signos se habían ido vaciando de significado para los fieles que, en su mayoría, no entendían lo que ocurría ni se asociaban a la acción del sacerdote. De ahí que mucha gente se dedicara a rezar devociones personales mientras el sacerdote celebraba la misa.

En consecuencia, uno de los criterios fundamentales que se siguieron para esta renovación fue el de la así llamada “*actuosa participatio*” (o participación activa) que consiste en que todo el pueblo reunido para la celebración litúrgica participe activamente en ella.

El problema fue que la reforma litúrgica se malinterpretó rápidamente y con ella este concepto. La participación de los fieles se redujo a la pura actividad externa y a que la mayor cantidad de gente asumiera funciones dentro de la celebración. De la teoría se pasó a la práctica y la liturgia de la Iglesia se convirtió en lugar de experimentación, prestándose para todo tipo de abusos. La “creatividad litúrgica” comenzó a considerarse como uno de los principa-

les valores de la liturgia y el grado de entretenimiento se convirtió en factor para medir si la celebración había sido lograda<sup>1</sup>. Dice Joseph Ratzinger, que «ha habido años en que los fieles, al prepararse para asistir a un rito, a la misma Misa, se preguntaban de qué modo se desencadenaría aquel día la “creatividad del celebrante”...»<sup>2</sup>. Y esta manera de concebir y vivir la liturgia se difundió de tal modo que «no sólo los sacerdotes, [sino que] a veces hasta los obispos tienen la impresión de no ser fieles al Concilio si oran con arreglo el misal; han de introducir al menos *una* fórmula “creativa”, por trivial que sea»<sup>3</sup>.

Frente a las graves consecuencias para la fe y la liturgia de la Iglesia que se derivaron de estos desvíos, en los años del post-concilio Joseph Ratzinger fue publicando diversos trabajos en los que buscaba denunciar el problema y explicar cómo es la verdadera liturgia cristiana. En ellos, la reflexión sobre la *actuosa participatio* se impuso como una exigencia ineludible, tanto para desenmascarar el reduccionismo del que estaba siendo objeto como para explicar su verdadero horizonte litúrgico. Pues también él es categórico en afirmar la importancia central que tiene este principio en la renovación litúrgica del Concilio. Por poner algunos ejemplos, se refiere a él como «término-clave en la Constitución litúrgica del Concilio Vaticano II»<sup>4</sup>, «categoría fundamental del Concilio relativa a la praxis»<sup>5</sup>, «idea directriz de la celebración litúrgica»<sup>6</sup> propuesta por el Concilio.

El objetivo de este trabajo será exponer la interpretación que Joseph Ratzinger hace de la *actuosa participatio*. Para esto, en primer lugar, se dará un breve repaso a la doctrina del Magisterio de la Iglesia sobre la participación activa de los fieles en la liturgia por ser el punto de referencia obligado de cualquier interpretación. Especial mención tendrá la Constitución litúrgica del Concilio, la *Sacrosanctum Concilium*, por su importancia central para el tema en discusión pues marcó el punto de arranque de la reforma litúrgica. En segundo lugar viene la *pars destruens*: se expondrá la crítica que Ratzinger hace al nuevo modo de concebir la liturgia, tanto en sus fun-

<sup>1</sup> J. RATZINGER, *La fiesta de la fe: ensayo de teología litúrgica*, Desclée De Brouwer, Bilbao 1999, 84-85.

<sup>2</sup> J. RATZINGER - V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 1985<sup>5</sup>, 138.

<sup>3</sup> J. RATZINGER, *Un canto nuevo para el Señor: la fe en Jesucristo y la liturgia hoy*, Sígueme, Salamanca 2005<sup>2</sup>, 135.

<sup>4</sup> J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, Opera Omnia, XI, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2010, 710. La traducción es mía.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 780. La traducción es mía.

<sup>6</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia, una introducción*, Cristiandad, Madrid 2007<sup>4</sup>, 213.

damentos como en sus concreciones y consecuencias. Después comienza la *pars construens*. Para ello será necesario comenzar por los fundamentos de la liturgia. Esto se hará en la tercera parte. En la cuarta se expondrá finalmente el significado y lugar de la *actuosa participatio*. Esto implicará detenerse en lo que constituye la esencia del culto cristiano. Finalmente, en la quinta parte se considerará el aspecto antropológico de la participación activa.

Las principales publicaciones de Joseph Ratzinger utilizadas en este trabajo son sobre todo tres: *La fiesta de la fe: ensayo de teología litúrgica* (1981); *Un canto nuevo para el Señor: la fe en Jesucristo y la liturgia hoy* (1995); y *El espíritu de la liturgia, una introducción* (2000).

## I. El concepto de *actuosa participatio* en el Magisterio de la Iglesia

El *Catecismo de la Iglesia católica* dice que en la tradición cristiana el término “liturgia” quiere significar que el Pueblo de Dios «toma parte» en la obra de Dios (n.1069). Es decir, a través de la liturgia la Iglesia participa en la obra redentora de Cristo. Más adelante cita el n.11 de la Constitución litúrgica del Concilio Vaticano II donde especifica que esto implica una participación «consciente, activa y fructífera» de todos (n.1071). Todo esto hace referencia al concepto de *actuosa participatio* o “participación activa”. ¿De dónde viene y cuál es el sentido de este concepto en el Magisterio?

### *Antecedentes del Concilio*

El primero en usar la expresión fue Pío X en el Motu Proprio sobre la música sagrada *Tra le sollecitudini* de 1903. En él dice que la primera e indispensable fuente donde los fieles deben buscar el verdadero espíritu cristiano es la «participación activa» en los santos misterios y en la oración pública y solemne de la Iglesia.

En 1928 Pío XI retomó la expresión al hablar también de la música sagrada. Pide que el canto gregoriano sea restituido al uso del pueblo para que los fieles «participen más activamente al Culto divino». Más adelante utiliza una expresión muy gráfica al decir que los fieles no deben asistir a las funciones sagradas como «extraños o mudos espectadores» (*Divini Cultus*, n.9). El motivo de estas intervenciones pontificias es que en las celebraciones litúrgicas se había ido introduciendo formas musicales como la ópera o grandes conciertos para orquesta que impedían a los fieles la participación en el canto.

Posteriormente Pío XII volvió a referirse a la participación activa de los fieles en la encíclica *Mediator Dei* sobre la Sagrada Liturgia (1947). En este caso el horizonte es el la liturgia en su globalidad y pone el énfasis sobre todo en el aspecto interno de la participación. El principal deber y la mayor dignidad de los fieles —dice— consiste en la participación en el sacrificio eucarístico, «no con un espíritu pasivo y negligente, discurriendo y divagando por otras cosas, sino de un modo tan intenso y tan activo, que estrechísimamente se unan con el Sumo Sacerdote [...] y ofrezcan aquel sacrificio juntamente con Él y por Él, y con Él se ofrezcan también a sí mismos» (n.99).

Poco antes del Concilio, a través del Motu Proprio *Rubricarum Instructum* de 1960, Juan XXIII encargó que se establecieran los principios fundamentales («*altiora principia*») que se debían proponer a los futuros padres conciliares para la reforma litúrgica. Entre estos la comisión preparatoria presentó el de la participación plena, consciente y activa<sup>7</sup>.

### *La actuosa participatio en la Sacrosanctum Concilium*

La primera parte de la Constitución conciliar habla de la naturaleza de la liturgia. Al referirse a la participación de los fieles dice que ésta supera el horizonte de la liturgia terrena, pues en la celebración «tomamos parte [*participamus*] en aquella liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén» (n.8). Posteriormente afirma la importancia y centralidad de la liturgia para el pueblo cristiano: «es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza» (n.10).

De estas premisas fundamentales pasa a las exigencias que se derivan como consecuencia necesaria. «Para asegurar esta plena eficacia es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina, para no recibirla en vano». Por esta razón los pastores deben velar «para que los fieles participen consciente, activa y fructuosamente» (n.11).

En adelante, son varios los números que hacen referencia al principio de la participación activa. El principal de todos es el n.14, que se dedica especialmente a este tema:

La santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la Liturgia misma [...] Al reformar y fomentar la sagrada Liturgia hay que tener muy en cuenta esta plena y activa

<sup>7</sup> Cf. A. BUGNINI, *La riforma liturgica (1948-1975)*, CLV - Edizioni Liturgiche, Roma 1983, 50.52.

participación de todo el pueblo, porque es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano.

Es significativo que además del calificativo de «activa» se proponen también los de «consciente» y «plena» (o «fructuosa» en el n.11). Es decir, se busca una participación en la que se comprenda aquello que se hace, se haga, y de este modo se obtengan todos los frutos que se pueden recibir a través de la liturgia. Con esto se subraya implícitamente la doble dimensión que la participación implica: la interna y la externa. Además, como requisito indispensable para que se pueda dar esta participación, este número menciona también la necesidad de una educación para la misma, que debe recibir en primer lugar el clero.

En números posteriores se dice que la participación activa debe ser «interna y externa» (n.19). Para conseguirla, «los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente» (n.21). Asimismo, «se fomentarán las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antífonas, los cantos y también las acciones o gestos y posturas corporales»; además, a su debido tiempo, se debe guardar «un silencio sagrado» (n.30).

## II. La denuncia de interpretación reductiva de la reforma litúrgica que hace Joseph Ratzinger

Después del Concilio, no pocos autores y operadores pastorales, siguiendo una hermenéutica de la ruptura entre el pre y el post-concilio, disolvieron la unión armónica entre los aspectos interno y externo de la participación, centrándose sólo en el segundo. Consecuencia de esto fue el activismo y la así llamada “creatividad litúrgica” en las celebraciones<sup>8</sup>. ¿Cuál fue la causa de esta interpretación reductiva de la reforma litúrgica? ¿Qué ideas estaban detrás?

### *Una nueva concepción de la liturgia*<sup>9</sup>

La *Sacrosanctum Concilium* definió la liturgia como «el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo». En él, «Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre

<sup>8</sup> Cf. M. GAGLIARDI, *La Verità è sintetica*, Cantagalli, Siena 2017, 622.

<sup>9</sup> Para este apartado me baso sobre todo en J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 131-141, donde Ratzinger expone y analiza el pensamiento de algunos autores a modo de ejemplo de este nuevo modo de concebir la liturgia.

Eterno» (n.7). Así el Pueblo de Dios toma parte en la obra de Dios y la Iglesia entera se hace presente en la celebración litúrgica, es decir, todo el Cuerpo Místico de Jesucristo, Cabeza y miembros.

Frente a esta concepción de la liturgia, cuyos fundamentos se encuentran en la Sagrada Escritura y en la tradición de la Iglesia, no pocos autores comenzaron a difundir una nueva visión. Joseph Ratzinger la sintetiza de la siguiente manera:

La nueva imagen de la liturgia se puede resumir con los conceptos claves por ella acuñados: creatividad, libertad, celebración, comunidad. Para esta perspectiva los términos rito, vínculo ceremonial, interioridad y preceptos de la Iglesia son conceptos negativos que caracterizan el estadio de la “antigua” liturgia, estadio que debe ser superado<sup>10</sup>.

El valor fundamental que estos autores buscan promover es la actuación de todos los presentes, en modo pleno y auténtico<sup>11</sup>. Por eso, todo lo que sea imposición externa —como roles institucionales o ritos codificados— es visto como un obstáculo para dicha plenitud y autenticidad, pues impide que la creatividad de los congregados se pueda desplegar libremente.

Esto lo justifican apoyándose en *Mt* 18,20 (pasaje que la misma *Sacrosanctum Concilium* cita en el n.7): la liturgia surge donde hay dos o tres reunidos en el nombre de Cristo. Pero a partir de ahí desarrollan una visión que contrapone este grupo de “dos o tres” a la Iglesia vista como institución. Para estos autores el grupo precede a la Iglesia y tiene una primacía sobre ella. «No es la Iglesia en su generalidad lo que sustenta la liturgia de cada grupo o comunidad, sino que el grupo mismo es el lugar genético de la liturgia»<sup>12</sup>.

La contraposición entre el grupo y la Iglesia brota de una visión reductiva de esta última, desde una perspectiva meramente sociológica. Según ella,

la Iglesia queda inscrita en el concepto general de “institución”, y esta denota, en el tipo de sociología aquí asumido, una cualidad negativa. Encarna el poder, y el poder es considerado como lo opuesto a la libertad. La fe (“seguimiento de Jesús”) es concebida como un valor positivo, debe acompañar a la libertad y por eso ha de ser fundamentalmente antiinstitucional. En consecuencia, el culto divino tampoco puede ser apoyo o parte integrante de

---

<sup>10</sup> J. RATZINGER, *La fiesta de la fe...*, 83.

<sup>11</sup> Cf. J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 134.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 132.

una institución, sino que ha de ser una fuerza antitética que ayude a derribar del trono a los poderosos<sup>13</sup>.

El tipo de sociología que está detrás de esta visión es uno influenciado por la óptica de los “maestros de la sospecha”. Esta sospecha adquiere una fuerza explosiva por estar «acompañada de una expectativa cuya fascinación es casi irresistible: la idea de libertad como verdadero parámetro de la dignidad humana»<sup>14</sup>. De este modo, en el núcleo de esta nueva concepción de liturgia hay un concepto de libertad que justifica y promueve la emancipación y autonomía de la comunidad. Esta se constituye y configura a sí misma a través de su libre interacción comunitaria.

### *Concreciones y consecuencias*

La libertad concebida como emancipación y autonomía de la comunidad se concretó en la “creatividad litúrgica”<sup>15</sup>. Condición de la celebración es que todos los presentes participen, cada uno desempeñando su rol, y así la hagan posible. La espontaneidad y la libre expresión son rasgos característicos de ella, por medio de los cuales se busca la salida del orden cotidiano y la actividad creadora que permitan a la comunidad configurarse y experimentarse como tal<sup>16</sup>.

Obviamente estos autores no pueden apoyarse en los textos del Concilio. Por poner sólo un ejemplo, el n.22 de la *Sacrosanctum Concilium* establece «que nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la liturgia». Entonces, para justificar sus ideas, Ratzinger dice que invocan el “espíritu” del Concilio, que según ellos apunta en esta dirección<sup>17</sup>.

El problema es que de este modo se anula la esencia del culto divino. «Todo se queda en un juego, una apariencia más o menos bonita, que nos retiene en el mundo de las apariencias»<sup>18</sup>. La liturgia «se atrofia en un juego de roles, en una búsqueda irrelevante de la autoconfirmación comunitaria, donde no acontece nada en el fondo»<sup>19</sup>, porque se ha perdido lo esencial.

<sup>13</sup> *Ibid.*, 136.

<sup>14</sup> J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 137.

<sup>15</sup> Entendida como «ocurrencias ingeniosas», en: J. RATZINGER, *La fiesta de la fe...*, 88; o «“genialidades” de cualquier individuo o cualquier comisión», en: J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 211.

<sup>16</sup> Cf. J. RATZINGER, *La fiesta de la fe...*, 84-86.

<sup>17</sup> J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 135.

<sup>18</sup> J. RATZINGER, *La fiesta de la fe...*, 86.

<sup>19</sup> J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 157.

Ya no es la acción del Cristo total, Cabeza y miembros; es la acción de un grupo cerrado que en realidad no hace más que celebrarse a sí mismo y, en consecuencia, no celebra nada, porque él no es ningún fundamento de celebración<sup>20</sup>.

Otra consecuencia que observa Ratzinger es que estas teorías han resultado contraproducentes para sus mismos creadores. Al sumergir la liturgia en la vorágine del “hazlo-como-quieras” la han puesto al nivel de nuestra mediocre estatura y no se ha hecho otra cosa que trivializarla<sup>21</sup>. Ha resultado menos atractiva<sup>22</sup>, reducida a un espectáculo<sup>23</sup> aburrido e incomprensible<sup>24</sup> que degenera en tedio, porque en realidad está ausente Aquel a quien todos esperan<sup>25</sup>.

[Las personas] pronto advierten que ahora *sólo* existe algo que es hechura propia, que no reciben nada, que se limitan a expresarse. Y entonces sobra el culto, ya que la celebración dominical no trasciende radicalmente la realidad cotidiana, lo que se hace siempre y en todas partes. El culto no toca ya ninguna otra esfera superior; es sólo la propia realidad<sup>26</sup>.

Es evidente que en este contexto el principio de la *actuosa participatio* que pedía el Concilio se interpretó de manera reductiva, limitándolo únicamente a su aspecto externo. «Se ha llegado a creer que sólo se daba “participación activa” allí donde tenía lugar una actividad exterior, verificable: discursos, palabras, cánticos, homilías, lecturas, estrechamiento de manos...»<sup>27</sup>. La participación activa se redujo a la «necesidad de una actuación general, como si se tratase de poner en acción al mayor número posible de personas, y con la mayor frecuencia posible»<sup>28</sup>.

---

<sup>20</sup> Cf. *Ibid.*, 137.

<sup>21</sup> Cf. J. RATZINGER - V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, 139.

<sup>22</sup> Cf. J. RATZINGER, «Conferencia del Cardenal Joseph Ratzinger sobre la eclesiología de la *Lumen Gentium* pronunciada en el Congreso Internacional sobre la aplicación del Vaticano II, organizado por el Comité para el Gran Jubileo del año 2000» en [http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_20000227\\_ratzinger-lumen-gentium\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20000227_ratzinger-lumen-gentium_sp.html) [30-04-2018].

<sup>23</sup> Cf. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 217.

<sup>24</sup> Cf. J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, 711.

<sup>25</sup> Cf. J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 137.

<sup>26</sup> *Ibid.*, 90.

<sup>27</sup> J. RATZINGER - V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, 140.

<sup>28</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 213.



### III. El verdadero horizonte de la liturgia

Para comprender cuál es el significado y lugar que Joseph Ratzinger asigna a la *actuosa participatio* en la liturgia primero es necesario aclarar algunos aspectos de la naturaleza del culto divino en los que dicha participación se inserta.

#### *El auténtico sujeto de la liturgia*

El sujeto de la liturgia no es la comunidad autónoma sino, como se ha dicho, toda la Iglesia, es decir, la *communio sanctorum* de todos los lugares y todos los tiempos. Esto es un principio fundamental. De él se siguen las tres dimensiones ontológicas en las que vive la liturgia: el misterio, el cosmos y la historia<sup>29</sup>. Frente a ellas toda manipulación arbitraria del culto, ya sea por parte del grupo o del individuo, está totalmente fuera de lugar.

#### *La dimensión del misterio*

En oposición a los “hacedores de liturgias”, Ratzinger ha enfatizado una y otra vez que lo propio de la liturgia consiste en que no la hacemos nosotros sino que en ella acontece Algo que todos nosotros juntos somos incapaces de hacer y que por lo tanto sólo podemos recibir.

El ser humano, de ningún modo puede, por sí mismo, “hacer” el culto; si Dios no se da a conocer, no acertará. Cuando Moisés le dice al faraón: “no sabemos todavía qué hemos de ofrecer a Yahvé” (*Ex* 10,26) realmente está mostrando, con estas palabras, una ley fundamental de toda liturgia. Si Dios no se manifiesta, el hombre puede, sin duda, en virtud de la noción de Dios inscrita en su interior, construir altares “al Dios desconocido” (cf. *Hcb* 17,23); puede intentar alcanzarlo mediante el pensamiento, acercarse a Él a tientas, pero la liturgia verdadera presupone que Dios responde y muestra cómo podemos adorarle. De alguna forma necesita algo así como una “institución”. No puede brotar de nuestra fantasía o creatividad propias —en ese caso seguiría siendo un grito en la oscuridad o se convertiría en una mera autoafirmación. Presupone un tú concreto que se nos muestra, un tú que le indica el camino a nuestra existencia<sup>30</sup>.

Ratzinger continúa su análisis explicando las causas profundas de esta deformación del culto que, aunque no lo parezca abiertamente, consiste en una apostasía e idolatría. Por un lado está la incapacidad de perseverar junto al Dios invisible, lejano y misterioso. Se le hace descender al propio terreno,

<sup>29</sup> Cf. J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 139.

<sup>30</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 60.

al mundo de lo palpable y comprensible, para poder disponer de Él cuando se lo necesite. De este modo el hombre se sitúa por encima de Dios y lo instrumentaliza. Por otro lado, como consecuencia de lo anterior, se trata de un culto en el que se pone de relieve el propio poder. Si Dios se percibe como inaccesible, se le va a buscar. La comunidad misma establece el culto. Pero al final no termina siendo más que un girar sobre sí misma. Es un culto arbitrario y egoísta que ya no busca al Dios vivo sino que lo abandona bajo una apariencia de sacralidad<sup>31</sup>.

Por el contrario, en la liturgia sucede algo mucho más grande, que escapa a nuestra capacidad de explicación porque nos supera. Ella es la entrada de Dios en nuestro mundo, que se hace el enconradizo y realiza nuestra verdadera liberación ahí donde tiene lugar el encuentro con Él<sup>32</sup>. Por lo tanto, al hombre le corresponde la aceptación del misterio, acoger la iniciativa divina y responder con la obediencia de la fe<sup>33</sup>.

### *La dimensión del cosmos*

Que la liturgia tenga un carácter cósmico quiere decir que está abierta a la totalidad del ser y que por lo tanto la comunidad participa de algo más grande y trascendente que ella misma. En la liturgia de cualquier comunidad, incluso la más pequeña, está siempre presente la Iglesia entera. Por eso no existen extranjeros en la comunidad litúrgica, no hay comunidad cerrada en sí misma<sup>34</sup>. Es el culto del cielo abierto, en que el cielo se une con la tierra en la adoración a Dios. Esta transparencia implica también una referencia a toda la creación, que está presente por medio de sus dones y como lugar de encuentro entre Dios y el hombre.

Esta fundamental apertura y universalidad, que es propia de toda liturgia, es otra razón por la cual la liturgia no puede ser ideada y hecha por una comunidad autónoma sino que debe atenerse a la forma de la Iglesia universal<sup>35</sup>.

### *La dimensión de la historia*

La Iglesia es una comunidad viva, que se desarrolla orgánicamente a lo largo de la historia. «Tiene un comienzo en progresión, que está presente

---

<sup>31</sup> Cf. *Ibid.*, 60-61.

<sup>32</sup> Cf. *Ibid.*, 211.

<sup>33</sup> Cf. J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 139-140.

<sup>34</sup> J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, 777-778.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 778.

pero no acabado, sino que sólo vive desarrollándose»<sup>36</sup>. La liturgia va siempre de la mano de este proceso. Surge en el momento fundacional de la comunidad —en el que Dios salió a su encuentro y le manifestó el modo de darle culto— y crece junto con ella.

La celebración litúrgica implica que eso que ocurrió una vez, el acontecimiento de la Revelación, se vuelve a hacer presente: nos abre al ámbito de lo vivo, de lo dado, de lo que viene a nuestro encuentro. Por lo tanto la liturgia está anclada en ese comienzo y participa de él. De él obtiene su forma esencial. Pero por otro lado, dicha experiencia litúrgica se revive cada vez en una comunidad que va evolucionando a partir de ese comienzo abierto hacia adelante. Por eso el crecimiento orgánico en la universalidad de la tradición comunitaria ha sido la ley fundamental de la liturgia en todas las épocas<sup>37</sup>. Ratzinger lo grafica con una analogía: «La liturgia, según esto, no es comparable con un artefacto técnico, con algo que se hace, sino con una planta, es decir, con algo orgánico, que crece, y cuyas leyes de crecimiento determinan las posibilidades de desarrollo posterior»<sup>38</sup>.

El evento central del culto cristiano, del que se participa una y otra vez mediante la celebración es el Misterio Pascual de Jesucristo. A partir de este acontecimiento la liturgia se ha desarrollado en un proceso que tiene sus raíces en el Antiguo Testamento y que continúa a lo largo de la historia de la Iglesia.

Jesús había introducido sus palabras de la Última Cena en el marco organizacional de la liturgia judía, allí donde existía una apertura hacia aquellas, allí donde, por así decirlo, se las estaba esperando desde el interior. La Iglesia que surgió entonces ha continuado con esmero este proceso de profundización interior, purificación y extensión de la herencia del Antiguo Testamento. Ni los apóstoles ni sus sucesores han “hecho” una liturgia cristiana; esta se desarrolló orgánicamente de la lectura cristiana de la herencia judía, lectura que tomó forma rápidamente. Se fueron filtrando las experiencias de oración de las diferentes comunidades, que por supuesto se encontraban en la forma básica de la única Iglesia, en cuyo seno se fueron desarrollando las formas específicas de los grandes núcleos eclesiales<sup>39</sup>.

Con esto se llega al tema del rito. La única liturgia de la Iglesia adoptó a lo largo de la historia múltiples configuraciones que tienen como único punto de partida la tradición apostólica. Son los diversos ritos de la Iglesia

<sup>36</sup> J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 139.

<sup>37</sup> Cf. J. RATZINGER, *La fiesta de la fe...*, 91.

<sup>38</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 207.

<sup>39</sup> J. RATZINGER, *La fiesta de la fe...*, 91-92.

que se desarrollaron a partir de la liturgia de las sedes de Antioquía, Roma, Alejandría y, en un segundo momento, Constantinopla.

El rito, dice Ratzinger, «es la forma concreta, que supera el tiempo y el espacio, en el que, de manera colectiva, toma cuerpo el modelo fundamental de la adoración, que se nos ofrece por la fe»<sup>40</sup>. Por lo tanto, por un lado, hay un elemento que no cambia y que es normativo para cualquier rito eclesial: la Revelación. Pero por otro, está el hecho de que Dios ha hablado por medio de hombres y, por consiguiente, el factor humano-histórico también forma parte integrante del actuar de Dios. Esto es lo que permitió que la liturgia se fuera concretando de diversos modos y que se desarrolle a lo largo del tiempo a través de un crecimiento orgánico, que sucede espontáneamente, sin precipitación ni violencia, bajo la guía del Espíritu Santo (*Jn 16,13*)<sup>41</sup>.

Por lo tanto, del mismo modo que en las dimensiones mística y cósmica, también de la dimensión histórica se desprende el carácter no arbitrario de la liturgia. Ella nos precede y sigue unas leyes propias que no permiten que sea elaborada según el propio criterio<sup>42</sup>. La liturgia del grupo autónomo, en cambio, «no tiene historia; lo característico para ella es la emancipación de la historia y el propio hacer, aunque trabaje con material histórico»<sup>43</sup>.

En conclusión, la “creatividad litúrgica” con la que se intenta confirmar la autonomía de los emancipados<sup>44</sup> implica la negación del auténtico culto cristiano, porque niega el carácter no arbitrario del mismo<sup>45</sup>.

<sup>40</sup> Cf. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 202.

<sup>41</sup> Cf. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 209-212.

<sup>42</sup> En la obra *Mi Vida*, Ratzinger hace un análisis sobre las consecuencias negativas que la publicación del nuevo Misal de Pablo VI tuvo para la consciencia de este criterio de no arbitrariedad de la liturgia: «...este nuevo Misal comportaba en muchas de sus partes auténticas mejoras y un verdadero enriquecimiento, pero el hecho de que se presentase como un edificio nuevo, contrapuesto a aquel que se había formado a lo largo de la historia [el Misal antiguo], que se prohibiese este último y se hiciese aparecer la liturgia de alguna manera ya no como un proceso vital, sino como un producto de erudición de especialistas y de competencia jurídica, nos ha producido unos daños extremadamente graves. Porque se ha desarrollado la impresión de que la liturgia se “hace”, que no es algo que existe antes que nosotros, algo “dado”, sino que depende de nuestras decisiones. Como consecuencia de ello, no se reconoce esta capacidad sólo a los especialistas o a una autoridad central, sino a que, en definitiva, cada “comunidad” quiera darse una liturgia propia». J. RATZINGER, *Mi vida*, Encuentro, Madrid 2006<sup>2</sup>, 177.

<sup>43</sup> J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 140.

<sup>44</sup> *Ibid.*

<sup>45</sup> Ratzinger dice que para salir de esta crisis litúrgica es necesario superar, incluso afectivamente, el concepto reduccionista de Iglesia vista como mera institución, burocracia cultural, aparato de poder. «Si la liturgia ha de sobrevivir o renovarse, es elemental que la Iglesia

#### IV. El concepto de *actuosa participatio* en Joseph Ratzinger

Después de haber aclarado el contexto en el que vive la liturgia podemos pasar a considerar el significado y lugar de la *actuosa participatio* dentro de ella.

El término “participación” remite a una acción en la que se toma parte. En el caso de la liturgia, para identificar la acción en la que todos han de participar, es necesario averiguar cuál es su verdadera «*actio*» central. Dice Ratzinger que es la plegaria eucarística, oración por excelencia, pues en ella se desarrolla lo esencial de la liturgia cristiana: el “sacrificio de la palabra”<sup>46</sup>.

##### *El sacrificio de la palabra y la participación en él*

Con la fórmula “sacrificio de la palabra” o “culto espiritual” –*logiké latreia*<sup>47</sup> según la expresión acuñada por San Pablo (*Rm* 12,1)– se expresa el centro y la forma esencial del culto cristiano<sup>48</sup>. Para comprender en qué consiste primero es necesario hacer referencia a las tradiciones de las que surge: la herencia veterotestamentaria y la filosofía griega.

El culto espiritual nació en Israel en el periodo del exilio. En Babilonia el pueblo no podía ofrecer a Dios sacrificios de animales pues ya no tenía el Templo. Del sufrimiento que esto provocaba surgió entonces la oración como nuevo sacrificio: el grito a Dios de un corazón abatido. De este modo el culto se espiritualizó a través de la palabra. Dice el Salmo 51: «Pues no te complaces en sacrificios, si ofrezco un holocausto, no lo aceptas. Dios quiere el sacrificio de un espíritu contrito, un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias» (*Sal* 51,18-19). Posteriormente, en el ámbito alejandrino, este culto espiritual se enriqueció con la filosofía de la palabra (*logos*) desarrollada en el mundo griego<sup>49</sup>. Esto se refleja en la LXX, donde *logos* es más que “palabra” entendida simplemente como texto, lenguaje o discurso: es realidad creadora. Es también más que mero pensamiento y mero espíritu: es espíritu que se interpreta a sí mismo, que se comunica<sup>50</sup>. En síntesis, el

---

sea descubierta de nuevo. Y añadido: si es preciso superar la alienación del ser humano y reencontrar su identidad, es imprescindible que él reencuentre la Iglesia, que no es una institución hostil al hombre sino ese nuevo “nosotros” que proporciona el fundamento y el cobijo al yo». J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 137-138.

<sup>46</sup> Cf. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 213-214.

<sup>47</sup> *Logiké latreia* se podría traducir como «culto presidido por el espíritu» o «culto marcado por la palabra». Cf. J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 141.

<sup>48</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 88.

<sup>49</sup> Cf. *Ibid.*, 83-84.

<sup>50</sup> Cf. J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 141.

culto según el *logos* consiste en que «la “palabra” es el sacrificio, la oración que sale del hombre y lleva dentro de sí toda la existencia del hombre, convirtiéndolo a él mismo en “palabra” (*logos*). El hombre que adopta la forma de *logos* y se convierte en *logos* mediante la oración: eso es el sacrificio»<sup>51</sup>.

El espíritu griego, por su parte, elevó este pensamiento a la idea de una unión mística con la divinidad —el *Logos* con mayúscula— a través del conocimiento. Es el gnosticismo. Según esta doctrina, el camino de ascenso para la plena divinización, que es salvación y liberación de la finitud, se alcanza por medio de un pensamiento más elevado del que sólo unos pocos son capaces<sup>52</sup>.

Sin embargo, ambas tradiciones eran insuficientes. La bíblica era ambigua, como se refleja en el mismo Salmo 51. Después del ofrecimiento a Dios del corazón contrito y humillado dice: «Entonces te agradarán los sacrificios legítimos —holocausto y oblación entera—, entonces se ofrecerán novillos en tu altar» (*Sal* 51,21). Es decir, se percibía la insuficiencia de la pura palabra y por eso se esperaba la restauración del Templo con sus sacrificios de animales. La mística griega del *logos*, por su parte, minimiza la dimensión corporal. Es mera esperanza de ascenso y de unión con el todo a través del puro pensamiento. La materia, en cuanto finita, es vista como algo negativo de lo que es necesario liberarse<sup>53</sup>.

Es en el misterio de Cristo donde se da la verdadera realización del culto espiritual. El verdadero culto a Dios es la unión del hombre y la creación con Él, y esto se realiza sólo a través de Cristo, gracias a su encarnación, muerte y resurrección<sup>54</sup>.

La idea del sacrificio del *logos* tan sólo se cumple en el *Logos incarnatus*, en la palabra que se ha hecho carne y que arrastra “a toda carne” hacia la adoración a Dios [...] El *Logos* asume nuestros sufrimientos y nuestras esperanzas, la expectación de la creación, y todo lo presenta a Dios. Las dos líneas que el Salmo 51 no pudo reconciliar y que corren paralelas a lo largo de todo el Antiguo Testamento sin llegar a unirse, es ahora cuando realmente llegan a encontrarse. Ahora la “palabra” ya no es sólo representación de otra cosa, de algo palpable; ahora se une a toda la realidad de la vida y el sufrimiento del hombre en la entrega que Jesús hace de sí mismo en la cruz<sup>55</sup>.

<sup>51</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 84.

<sup>52</sup> Cf. *Ibid.*, 69-70.

<sup>53</sup> Cf. *Ibid.*, 85.

<sup>54</sup> Cf. *Ibid.*, 66.84-85.

<sup>55</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 85-86.

En la liturgia esto se realiza en la plegaria eucarística. Esta oración «es la puerta siempre abierta de la adoración y el sacrificio verdadero, el sacrificio de la Nueva Alianza, el “culto espiritual” (Rm 12,1)»<sup>56</sup>. En ella nuestra palabra –nuestra oración– se une a la Palabra por excelencia, el *Logos* de Dios, en su oración de ofrecimiento al Padre por la salvación del mundo. Por lo tanto, la acción humana pasa a segundo término para dejar paso a la «*actio divina*», que es la principal. Esta es la verdadera «acción» de la liturgia, en la que todos hemos de tomar parte. Consiste en que

los elementos de la tierra son trans-substanciados, arrancados, por así decirlo, de su enraizamiento creatural, asumidos en el fundamento más profundo de su ser y transformados en el cuerpo y la sangre del Señor. Se anticipan el cielo nuevo y la tierra nueva [...] Dios mismo es el que actúa y el que hace lo esencial. Da paso a la nueva creación, se hace accesible, de tal manera que podemos comunicarnos con Él personalmente, a través de las cosas de la tierra, a través de nuestras ofrendas<sup>57</sup>.

En ese momento el sacerdote no habla por sí mismo sino que, en virtud del sacramento que ha recibido, se convierte en la voz de Otro, que es el que ahora habla y actúa<sup>58</sup>. Sin embargo, la participación en esta acción divina es igual para todos, sacerdote y fieles laicos, pues «no la lleva a cabo hombre alguno, sino el mismo Señor y sólo Él»<sup>59</sup>. Para todos se trata de que «el que se une al Señor es un espíritu con Él» (*1Cor* 6,17). Es decir, «de superar, en última instancia, la diferencia entre la *actio* de Cristo y la nuestra, de modo que exista únicamente *una* acción, que sea, al mismo tiempo, suya y nuestra –nuestra en el sentido de que nos hemos convertido en “un cuerpo y un espíritu” con Él»<sup>60</sup>.

Frente a la participación en esta acción principal todo otro tipo de participación en la liturgia es secundario. Todas las acciones externas como leer, cantar, llevar las ofrendas, etc., quedan en segundo plano ante lo que realmente cuenta: dar paso a la acción de Dios. Y esto tiene que ser visible para todos. Quien lo ha comprendido entiende que lo verdaderamente importante no es poner en acción al mayor número posible de personas sino que la comunidad salga al encuentro del Señor<sup>61</sup>.

<sup>56</sup> *Ibid.*, 87

<sup>57</sup> *Ibid.*, 215.

<sup>58</sup> Cf. *Ibid.*

<sup>59</sup> *Ibid.*, 216.

<sup>60</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 216.

<sup>61</sup> Cf. *Ibid.*, 216-217.

### *El fundamento de esta participación*

Una vez que se ha expuesto el núcleo de la acción litúrgica y el verdadero sentido de la participación en ella, Ratzinger plantea una posible objeción: ¿Cómo es posible que el hombre pueda “tomar parte” en esta acción? Es decir, ¿cómo es posible que el hombre sea capaz de cooperar con Dios? Pues entre el hombre, ser finito y pecador, y Dios, Infinito y Santo, hay una distancia infranqueable<sup>62</sup>. La respuesta se encuentra en la Encarnación del Verbo. Es la manera en que Dios sale a nuestro encuentro para atraernos a sí e introducirnos junto a toda la creación en su eternidad<sup>63</sup>. Todo el acontecimiento constituido por la encarnación, cruz, resurrección y regreso a los suyos por medio de su Espíritu, está presente como la forma en que Dios atrae al hombre a cooperar con él mismo<sup>64</sup>.

En la liturgia esto se expresa en el hecho de que la oración de aceptación forma parte de la plegaria eucarística<sup>65</sup>. El sacrificio del *Logos* ya está aceptado para siempre, pero «nosotros tenemos que pedir para que se convierta en nuestro sacrificio, porque nosotros mismos [...] somos transformados en el *Logos* y nos convertimos de esta manera, en el verdadero cuerpo de Cristo»<sup>66</sup>.

## **V. El aspecto antropológico de la *actuosa participatio***

Hemos visto la acción litúrgica principal en la que se ha de tomar parte y que efectivamente es posible participar en ella. Ahora es necesario analizar esta participación desde el punto de vista del hombre. Es decir, cómo se da la correspondencia subjetiva a la esencia objetiva de la celebración litúrgica.

### *Categorías antropológicas fundamentales para la participación activa*

Dice Ratzinger que, en conformidad con las dimensiones del ser humano, los conceptos de “participación” y “ser activos” tienen que considerarse desde las categorías de individuo-comunidad e interiorización-exteriorización. «Para que exista comunidad es necesaria la *expresión* común; pero para que la expresión no se reduzca a mera exterioridad se necesita a su vez una *interiorización* común, un camino común hacia el interior (y hacia lo

---

<sup>62</sup> Cf. *Ibid.*, 215.

<sup>63</sup> Cf. J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 142.

<sup>64</sup> Cf. J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, 164.

<sup>65</sup> Cf. *Ibid.*

<sup>66</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 216.



alto)»<sup>67</sup>. Es decir, la interiorización común es necesaria para que la expresión comunitaria no se reduzca a un montaje, a una mera interpretación de papeles, como puede ser una representación teatral, que desaparece cuando termina la obra y sus roles. Si fuera así, el sentimiento de aislamiento, de soledad radical y de incomunicación profunda del hombre permanecería, pues ese sentimiento procede en gran medida de experimentar que el camino hacia el interior conduce al encierro de los individuos y el camino hacia el exterior sólo oculta la imposibilidad abismal de llegar al otro. Únicamente la interiorización común en la realidad litúrgica puede romper el encierro de los distintos individuos para dejarles comunicarse desde el interior en Cristo<sup>68</sup>.

Allí donde acontece la interiorización común bajo la dirección de las plegarias comunes de la Iglesia y la experiencia del cuerpo de Cristo presente en ellas, se hace posible y real la expresión común; allí ya no se unen los hombres exclusivamente por el papel que desempeñan, sino que se encuentran en lo profundo de su ser y sólo entonces surge la “comunidad”<sup>69</sup>.

### *El lugar del cuerpo en la liturgia*

La cuestión de la relación entre el individuo y la comunidad nos conduce al tema de las formas de expresión de la liturgia<sup>70</sup>. Al hablar del sacrificio de la palabra se hizo referencia a la insuficiencia de la doctrina gnóstica, que busca el ascenso a Dios centrándose únicamente en el espíritu. El culto cristiano, en cambio, es el de la Palabra creadora que se hizo carne, resucitó en un cuerpo glorioso con el que ascendió al seno de la Trinidad y se nos ofrece corporalmente en Su cuerpo y Su sangre. «Esto significa que somos interpelados por el *Logos* y para el mismo *Logos*, precisamente en nuestro cuerpo, en nuestra existencia corpórea de todos los días»<sup>71</sup>.

El misterio de Cristo se desarrolla a través de una dinámica de salida del seno del Padre y retorno a Él en la que nos asocia a sí para introducirnos en la presencia de Dios. La encarnación, primera parte de este movimiento, cobra sentido y se hace definitiva en la cruz y la resurrección, donde la Palabra hecha carne pasa a ser la carne hecha Palabra. «La encarnación no cesa, sino que se hace definitiva en el movimiento inverso: la carne misma

<sup>67</sup> J. RATZINGER, *La fiesta de la fe...*, 94-95.

<sup>68</sup> Cf. J. RATZINGER, *La fiesta de la fe...*, 95.

<sup>69</sup> *Ibid.*, 95-96.

<sup>70</sup> Cf. *Ibid.*, 97-98.

<sup>71</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 218.

se hace Palabra, *Logos*; y precisamente esta conversión de la carne en *Logos* genera una nueva unidad de todo el universo»<sup>72</sup>.

La consecuencia que de esto se sigue para nosotros es la progresiva penetración que se ha de ir dando entre nuestro cuerpo y espíritu en la medida de nuestra transformación en Cristo.

La espiritualización del cuerpo y la corporeización del espíritu se exigen mutuamente; sólo si ambas existen puede surgir la “humanización” del hombre y del mundo, que consiste precisamente en que la materia alcanza todas sus posibilidades espirituales y que el espíritu se exprese en toda la creación<sup>73</sup>.

En la liturgia esto se manifiesta en la corporeización de la oración, es decir, la incorporación de todas las dimensiones de la expresión corporal en ella. De este modo, toda acción externa —como responder, cantar, arrodillarse, percibir con los sentidos, etc.— debería ser cauce para “pasar más allá”: pasar de lo externo a lo interno, de lo corporal a lo espiritual, de lo visible a lo invisible, de lo creado a lo divino<sup>74</sup>.

Menciono brevemente dos ejemplos de los muchos casos que Ratzinger comenta como imprescindibles para una *actuosa participatio*. En primer lugar, los gestos: la señal de la cruz, los golpes en el pecho, el arrodillarse, etc. Son un lenguaje expresivo común por medio de los cuales el espíritu se representa en el cuerpo. Por ello, aúnan lo exterior y lo interior en una relación de enriquecimiento mutuo que ayuda a liberarse de una acción meramente interpretada<sup>75</sup>. Es decir, son medios para superar una participación puramente externa y penetrar en el corazón de la acción litúrgica.

En segundo lugar, el silencio. Su importancia en la liturgia es fundamental pues «hace posible el sosiego, la calma en la que el hombre hace suyo lo duradero»<sup>76</sup>; «permite una participación verdaderamente profunda y personal, abriéndonos a la escucha interior de la Palabra de Dios»<sup>77</sup>. Al hablar de la música y el silencio, en oposición a quienes consideran que se da participación activa únicamente donde hay actividad exterior, dice:

Se ha rechazado la incomparable música de la Iglesia en nombre de la “participación activa”; pero ¿no puede esta “participación” significar tam-

<sup>72</sup> J. RATZINGER, *Un canto nuevo...*, 143.

<sup>73</sup> J. RATZINGER, *La fiesta de la fe...*, 98.

<sup>74</sup> J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, 785.

<sup>75</sup> Cf. J. RATZINGER, *La fiesta de la fe...*, 99.101.

<sup>76</sup> *Ibid.*, 99.

<sup>77</sup> J. RATZINGER - V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, 140.

bién un percibir con el espíritu, con los sentidos? ¿No hay “actividad” alguna en el escuchar, en el intuir, en el conmoverse? ¿No supone esto empujarnos al hombre, reducirlo a la expresión oral, precisamente cuando sabemos que lo que en nosotros hay de racionalmente consciente, lo que emerge a la superficie, es tan sólo la punta de un *iceberg* respecto a la totalidad de nuestro ser? Plantearse estas preguntas no significa oponerse al esfuerzo para hacer que todo el pueblo cante; no significa oponerse a la “música al uso”; significa oponerse a un exclusivismo (*sólo* esta música) que no encuentra justificación ni en el Concilio ni en las exigencias pastorales<sup>78</sup>.

Consecuencia inevitable de todo esto es la necesidad de una educación que desarrolle la capacidad de asimilar interiormente la liturgia. De otro modo, no será posible una auténtica participación activa. La verdadera formación litúrgica no puede consistir en el aprendizaje y ensayo de las actividades exteriores, sino en el acercamiento a la *actio* esencial, que constituye la liturgia, en el acercamiento al poder transformador de Dios que, a través del acontecimiento litúrgico, quiere transformarnos a nosotros mismos y al mundo<sup>79</sup>.

### *Participación más allá de la celebración litúrgica*

Por su misma naturaleza, la auténtica participación litúrgica necesariamente trasciende el acto cultural. Dado que la verdadera acción litúrgica es acción de Dios para la transformación del hombre y la creación, lo que sucede en la celebración ha de continuar más allá de ella, en la vida cotidiana. La participación es un adentrarse en la acción de Dios para cooperar con Él en la transformación del mundo. De este modo la liturgia le da un vuelco a la cotidianeidad, que, a su vez, se convierte en “litúrgica”<sup>80</sup>.

Esto requiere del hombre, como ya vimos, una progresiva espiritualización del cuerpo y corporeización del espíritu. Al cuerpo «se le exige un total compromiso en el día a día. Se le exige que se haga “capaz de resucitar”, que se oriente hacia la resurrección, hacia el Reino de Dios»<sup>81</sup>. Para conseguirlo es necesario que sea entrenado de cara a la resurrección, camino que pasa inevitablemente por la cruz. Se trata «de un entrenamiento para el amor. Un entrenamiento para acoger al totalmente Otro, a Dios, y dejarse moldear y utilizar por Él»<sup>82</sup>.

<sup>78</sup> *Ibid.*, 141-142.

<sup>79</sup> J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 217.

<sup>80</sup> Cf. *Ibid.*, 218.

<sup>81</sup> *Ibid.*, 218.

<sup>82</sup> *Ibid.*, 219.

## Conclusión

Como se ha visto a lo largo de la exposición, el principio de la *actuosa participatio* toca la misma esencia del culto cristiano. Por lo tanto, el modo cómo se lo interprete es del todo relevante. Por un lado, refleja la concepción que se tiene de la liturgia y, por otro, orienta su praxis. Frente al reduccionismo que sufrió en el post-concilio, donde se lo limitó a la actividad exterior como vehículo de la autoafirmación comunitaria, Joseph Ratzinger reivindicó su auténtico sentido como participación en la obra de Dios por medio del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El centro, por tanto, está en la acción de Dios que se produce en la liturgia: el ofrecimiento que Jesucristo hace de sí mismo al Padre por la salvación del mundo. A todos los fieles, incluido el ministro, les corresponde asociarse a esta acción, para que este ofrecimiento se convierta también en el suyo propio y puedan así, en unión con Cristo, hacer de su vida una ofrenda agradable al Padre. Para poder participar de modo «pleno, consciente y activo» en este misterio —como pide *Sacrosanctum Concilium*— se requiere una progresiva formación litúrgica, a través de un camino de maduración en la fe. Esto implica, primer lugar, desarrollar la capacidad de asimilar interiormente el misterio celebrado. A partir de esto y simultáneamente con ello, dejarse transformar por Cristo, de modo que lo celebrado trascienda el acto litúrgico y toque la vida misma de cada día, orientando toda la existencia hacia la resurrección.

A modo de reflexión final puede ser interesante hacer citar el n.38 de la Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* que el mismo Joseph Ratzinger, ya como Papa Benedicto XVI, dirigió a toda la Iglesia el año 2007. En él se hace referencia al *ars celebrandi* —que es el arte de celebrar rectamente la liturgia, es decir, como la Iglesia establece— y a su relación con la participación activa. Dice que es necesario superar cualquier posible separación entre ambos criterios. «El primer modo con el que se favorece la participación del Pueblo de Dios en el Rito sagrado es la adecuada celebración del Rito mismo. El *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*» (*Sacramentum caritatis*, n.38). Es decir, en oposición a una dialéctica excluyente que afirme uno de los aspectos en desmedro del otro, se ratifica que el aspecto exterior y el interior de la celebración se necesitan recíprocamente para que se pueda dar una verdadera, consciente y fructuosa participación.